

ORDEN Y DESORDEN

Los fundamentos de la vida humana

Antonio Medrano

1.- El orden, un concepto fundamental.

Ningún concepto tan importante y básico para la vida como el de orden. En él se compendia todo cuanto de valioso encierra la existencia, toda la riqueza que el ser humano pueda atesorar en su alma y en su espíritu. En él está la raíz de los valores y las virtudes, la garantía de la salud, la paz, la estabilidad y la armonía. En él descansan y tienen su fundamento aquellas realidades que dan contenido, riqueza y sentido a la vida haciéndola digna de ser vivida.

No podemos prescindir en ningún momento de la noción de “orden”, con todo lo que esta palabra lleva consigo de contenido positivo y constructivo: disciplina, método, sistema, limpieza, pulcritud, claridad, jerarquía, forma, medida, mesura, justicia, rectitud, corrección, regularidad, normalidad, paz, unidad, equilibrio y armonía. Gracias al orden conseguiremos conquistar las metas que nos hayamos propuesto, encontrar el sentido de nuestra vida e ir avanzando hacia nuestro fin último.

Base y condición del crecimiento personal, es el orden lo que nos permite alcanzar la plenitud, conseguir una vida lograda, plena y feliz, henchida de sabor. Todo lo bueno para el hombre se basa en el orden. Todo lo que le beneficia y le ayuda a vivir se apoya en el orden. Todo lo verdaderamente humano está inspirado y animado por el orden y hacia el orden tiende de manera más o menos directa, teniéndolo como su fundamento, su meta y su fin lógico y natural.

Todo esto es importante subrayarlo en unos momentos en que la Humanidad parece haber dado la espalda al Orden, el *Ordo* según se decía en la cultura medieval europea. En el mundo actual la idea del orden ha quedado no sólo relegada a la penumbra de la irrelevante, sino incluso es mirada con desprecio y con una aversión visceral. La civilización moderna descansa en una rebelión contra el orden, yendo enfocada hacia una destrucción y subversión del orden. La rebeldía contra el orden y todo lo que el orden lleva implícito constituye una de las notas más características del Kali-Yuga, “la Era tenebrosa” en la que nos encontramos. El Kali-Yuga se define precisamente por un socavamiento del orden y un retorno al caos en todos los órdenes, planos, niveles y aspectos de la existencia: en el plano intelectual, en el plano moral, en el plano estético, en el plano emotivo, en el plano biológico, en el plano ecológico, en el plano espiritual, en los planos social, político y económico.

El desconocimiento y menosprecio del orden, el rechazo del orden, la huida del orden y la fobia hacia el orden, el alejamiento de todo lo que el orden significa, son rasgos distintivos del hombre fáustico, titánico y prometeico. En vez de ajustarse al orden, prefiere seguir su capricho, imponer su voluntad, atenerse a sus ideas y opiniones más o menos arbitrarias, adoptando la actitud existencial correspondiente, ya sea bajo el signo del racionalismo o del irracionalismo, del materialismo o de un espiritualismo desviado y alejado de la realidad. En la ruptura y distanciamiento del orden del ser, del orden sacro del Universo, está la causa de la grave crisis que atravesamos. Es lo que ocurre con las ideologías que nos dominan. Por muy alejadas que estén del orden natural, por muy contrarias que sean el orden del ser, los hombres se abrazan a ellas con una fe y un fanatismo irracionales.

Order is Haeven's first law, “el orden es la primera ley del Cielo”, canta el poeta inglés Alexander Pope. Y su compatriota y contemporáneo Aaron Hill califica al orden

de “ojo de la acción” (*eye of action*), un ojo que alumbraba el camino a la acción humana, para que ésta pueda desenvolverse con acierto, impidiéndole así descarriarse o errar el blanco. Sin el orden, añade Hill, la sabiduría actúa con perplejidad como si tuviera los ojos vendados, la razón se enreda y tropieza a cada paso y “la verdad, mancillada, se cubre con el rostro del error”.

El orden es, en efecto, el primer mandato que recibimos del Cielo, lo que es tanto como decir de Dios. Dios, Creador del orden, nos manda ante todo, que respetemos el orden por Él creado, ese orden sabio y amorosamente establecido desde los orígenes, y que nos atengamos siempre a él, aceptándolo como brújula que nos marca el Norte y nos muestra el camino a seguir.

Por eso todas las religiones, tradiciones espirituales, doctrinas sagradas y vías de realización espiritual, a través de las cuales fluye el mensaje divino, se nos presentan como una pura expresión del Orden: se asientan en el orden, enseñan el respeto y amor al orden, tienden a la consecución del orden más perfecto posible en la vida humana. Bastará recordar, ciñéndonos a la tradición judeocristiana, los diez mandamientos: no sólo prescriben el orden, sino que van por orden, tiene cada uno su propio orden interno, guardan un estricto orden entre sí y siguen una secuencia lógicamente ordenada, yendo en primer lugar el más importante, el fundante y principal, el que es principio y fundamento de los otros nueve, siendo por tanto condición de todo orden (el amor, devoción y veneración a Dios). Otro tanto podría decirse, por ejemplo, del Budismo, cuyo “noble óctuple sendero” o “camino ario de ocho etapas” está tan coherentemente ordenado que parece diseñado con escuadra y plomada siguiendo un alto espíritu geométrico.

El orden es una exigencia fundamental del vivir humano y personal. No es posible una vida auténticamente humana, digna, libre y creadora, sin un mínimo sentido del orden. El sentido del orden es la condición *sine qua non* de la justicia, la libertad, la creatividad, el bienestar y la felicidad. Por ello, quien carezca de sentido del orden padece una grave deficiencia y estará abocado a sufrir otras muchas carencias no menos graves que lastrarán su vida. El orden es el primer valor que hemos de buscar y afirmar; pues es el valor primordial y primario, aquél en el que se asientan y crecen el resto de los valores, el pivote que los sostiene y sustenta a todos. Así lo reconoce San Pablo cuando, trazando la norma de vida que ha de seguir el cristiano, aconseja a los corintios: “Todo se haga decorosamente y con orden”.

El orden constituye el fundamento sobre el que se asientan tanto la vida de la persona como la de comunidad. En el orden pueden encontrar los seres humanos la base que necesitan para construir con firmeza su propia vida y en él radica asimismo la condición para su pacífica y armónica convivencia. Gracias al orden se hace posible el desarrollo de una sana y vigorosa vida humana, en su doble vertiente personal y comunitaria. Si no fuera por el orden y por todo lo que éste lleva consigo, no sólo no podrían existir ninguna de estas dos realidades, de lo personal y de lo social o comunitario, sino que se verían enfrentadas entre sí. Es precisamente el orden lo que las concilia al proporcionarles un sólido fundamento. Ambas formas de vida pueden complementarse, apoyarse recíprocamente y crecer al unísono, en virtud de la ley del orden.

Nada más beneficioso para el hombre que el orden; nada más perjudicial y dañino que el desorden. El orden nos permite forjar nuestro carácter y conseguir así el pleno desarrollo de nuestra personalidad, lo cual exige ordenar los distintos elementos de nuestro ser individual, poner orden en las facultades y tendencias de nuestra alma. Gracias al orden podemos articular y organizar con acierto nuestra vida, proyectarla de manera inteligente y hacer realidad el proyecto ideado, ir alcanzando poco a poco nuestras metas, pudiendo de tal modo realizar nuestra vocación y cumplir la misión que la Providencia divina nos ha asignado en el conjunto del Orden universal.

Tenía razón Charles Maurras al afirmar que “el orden es precioso entre todos los bienes”. El pensador francés califica al orden de “una justicia superior” que, en su rigor

aparente, economiza esfuerzos, consigue el máximo de eficacia y salva vidas en situaciones de peligro. En la misma línea se expresa Edmund Burke cuando, con su fina intuición política, sostiene que “el buen orden es el fundamento de todas las cosas” (*good order is the foundation of all things*).

El hombre no puede vivir en el desorden. [Ni individual ni socialmente es tolerable el desorden] No puede sobrevivir como tal ser humano, ni desarrollar sus más altas posibilidades y alcanzar la plenitud de la vida personal, en una sociedad desordenada. Cuanto mayor sea el desorden que impera en una determinada sociedad, más difícil le resultará al individuo desarrollarse con dignidad y libertad. Pero no sólo tiene que haber orden en el clima social en el que vivimos, sino que, ante todo, ha de imperar el orden en nuestro propio mundo privado. El ser humano no puede desarrollarse como persona, por muy bien ordenada que esté la sociedad de la que forma parte, si lleva un estilo de vida caótico, totalmente desordenado. El desorden es hostil a la realidad humana, es el enemigo implacable de todo lo humano y personal. Como apuntara Goethe, con visión clásica y apolínea, la peor culpa en que pueda incurrir el hombre, la culpa de las culpas, aquella de la que derivan todas las demás, es la transgresión de la “ley de orden y medida” que le ha sido impuesta por la Divinidad. Al cometer esta culpa, que es un gravísimo error, el hombre hace recaer sobre sí toda clase de calamidades.

Para ser felices, para gozar de paz y libertad, para vivir con dignidad y como verdaderos seres humanos, tenemos que poner orden en nuestra vida. No podemos tolerarnos el menor desorden. No podemos permitirnos vivir sin orden ni concierto, de forma desordenada y caótica, pues eso nos acarreará graves perjuicios de todo orden. Sólo podemos vivir bien viviendo con orden. Pero para vivir con orden, tenemos que respetar el Orden universal, insertarnos en él de forma armónica y sosegada, aceptando sus leyes y asumiendo las exigencias de todo orden que nos impone.

Necesitamos el orden para vivir como es debido. Sin orden no puede hacerse nada en la vida. Si lo intentamos, si nos obstinamos en actuar y vivir desordenadamente, las cosas nos saldrán mal y no cosecharemos otra cosa que fracasos, traspies, sinsabores, desazón, dolor y desgracia. Para que nuestra vida discurra con normalidad, de modo satisfactorio y sin brusquedades innecesarias, debe ajustarse al orden, tiene desarrollarse de forma ordenada hasta en sus últimos pormenores. El orden ha de estar presente en todas nuestras acciones y actividades, en todos los instantes de nuestra existencia. Ni un solo momento o resquicio de nuestro vivir debería ser ajeno a la ley del orden, en ninguno de ellos debería estar el orden ausente o distante. Todo lo que se haga fuera del orden o contra el orden tendrá repercusiones negativas que no tardarán en manifestarse.

Si observamos las cosas con mirada atenta y objetiva, comprobaremos que en la vida humana todos los problemas se reducen, en definitiva, a una cuestión de orden o desorden. Sea cual sea la actividad que se aborde y sea cual sea el plano en el que nos movamos (el individual o el colectivo, el intelectual o el económico, el psicológico o el dietético), se trata de ver si triunfa el orden o el desorden, si se impone una ley ordenadora o, por el contrario, imperan el caos y la anarquía. En todo debe haber orden; todo se ha de hacer con orden; todo tiene que estar dentro del orden.

L'ordine è pane, e il disordine è fame, “el orden es pan, y el desorden es hambre”, reza un antiguo proverbio italiano, que tiene su equivalente en algunos refranes españoles no menos sabrosos: “vida bien concertada, vida holgada”; “para próspera vida, arte, orden y medida”. Con el orden las empresas, iniciativas y proyectos prosperan y maduran; un recto orden en las cosas las lleva a su sazón. Por el contrario, cuando las cosas se hacen con desorden, se malogran, quedan para siempre verdes o se pudren. Y lo mismo ocurre con las personas: una persona cuya vida esté bien ordenada, correctamente enfocada, coherentemente proyectada y organizada, será una persona madura, en sazón, que podrá gozar de las riquezas y tesoros de la vida personal. Aquella, en cambio, que sea incapaz de poner orden en su vida, que viva de forma arbitraria o caprichosa, será inmadura, inestable y poco fiable, incapaz de elevarse a la altura de lo personal. Su mismo desorden

la incapacita no ya para culminar el proceso personalizante (aquel a través del cual un individuo se va haciendo persona), sino ni tan siquiera para iniciarlo o emprenderlo con un mínimo de garantías. No pasará de ser un simple individuo y quedará para siempre reducido al nivel de hombre-masa, ente fácilmente manipulable y simple engranaje de algún partido, ideología, maquinaria técnica o sistema económico-social. Donde no hay orden no puede haber madurez, prosperidad ni ventura.

Vivir y actuar con orden significa vivir con sabiduría. El hacer las cosas con orden se traduce en destreza, ese saber hacer o *know-how* del que resulta la obra bien hecha. El desorden, en cambio, lleva aparejados inepticia, torpeza, inestabilidad, desarmonía y desequilibrio; desequilibrio, ante todo, mental y psíquico, que puede degenerar en demencia, depresión y otras anomalías anímicas o dolencias psicósomáticas. Quien procede con orden en lo que piensa, dice y hace, actuará no sólo rectamente, sino también con eficacia y eficiencia; obrará con auténtica maestría y vivirá sabiamente. Y justo lo contrario ocurrirá, por ley de vida, a quien vive complacido en el desorden o es incapaz de ordenar su propio caos interno y externo.

Si piensas, hablas y actúas de manera desordenada, según se te antoje y sin atenerte a ningún tipo de norma objetiva, serás un inepto, un ignorante o un necio (tal vez un necio muy sabido, muy preparado y erudito, con varias carreras y ganando mucho dinero, pero necio al fin y al cabo), y vivirás en un acusado desequilibrio mental. Tu caminar vital será torpe y desmañado, desorientado y desquiciado. ¿Podemos aspirar a tener éxito en lo que hacemos si en nuestra vida todo está manga por hombro y lo que nos proponemos llevar a cabo no tiene ni pies ni cabeza?

Con orden, todo es posible. Sin orden, nada puede prosperar ni salir bien. “Con orden y método se encuentra el secreto de hacerlo todo y de hacerlo bien”, decía Pitágoras. No hay trabajo, por difícil que sea, que no salga adelante si se aborda de forma metódica, ordenada y sistemática. No hay obstáculo o dificultad que resista a una estrategia bien ideada, a un plan trazado con orden y llevado a la práctica con ordenada disciplina y con la necesaria perseverancia. Si ves que algo no te sale bien, te resulta arduo o difícil, procura encararlo con una mayor dosis de orden; no tardarás en comprobar cómo se te allana el camino o se te abren nuevos caminos que antes ni siquiera habrías imaginado.

“El orden constituye siempre la condición del progreso”, dictaminaba August Comte. Aseveración que bien podemos hacer nuestra, si la depuramos de la tonalidad positivista y progresista con que la colorea el filósofo francés. El orden, en efecto, nos permite el progreso, el avance y el ascenso en cualquier dominio de la vida, ya sea en la vida personal de cada individuo, ya sea en la vida de las sociedades y agrupaciones humanas. El pensar, actuar y vivir con orden nos ayuda a superarnos. Por medio de un comportamiento ordenado podremos irnos elevando de nivel y alcanzar metas cada vez más ambiciosas. Sin orden no podemos progresar, no avanzaremos, nos estancaremos, y en vez de ir mejorando y ascendiendo en nuestra carrera profesional, personal y vital, iremos retrocediendo y perdiendo altura. En cualquier esfera de la existencia, sea cual sea el campo de actividad en que nos estemos moviendo, la falta de orden resulta nefasta. El desorden no puede acarrear sino regresión, empobrecimiento, miseria y ruina. La menor brizna o partícula de desorden que se infiltre en nuestra existencia tendrá efectos muy negativos, aunque a nosotros nos parezca inofensiva.

El orden encauza y multiplica nuestras fuerzas. Las selecciona, educa, disciplina y vigoriza, haciendo que vayan derechas hacia su objetivo. El orden es como el arco que lanza la flecha, la flecha de nuestro ser, y la hace ir bien dirigida hacia el blanco. Nuestras facultades, desde la inteligencia a la memoria y desde la fuerza física a la fuerza de voluntad, rinden más si las usamos, desarrollamos y cultivamos con orden, de manera disciplinada, paciente y cuidadosamente planificada. ¡Cuántas cualidades valiosas se pierden por falta de orden! ¡Cuántos individuos echan a perder su magnífico potencial por su desordenada forma de vivir, de pensar y de actuar! Gracias al orden llegamos a

descubrir en nosotros fuerzas nuevas, insospechadas, y en muchas ocasiones el mismo vivir ordenado hace que surjan en nosotros fuerzas de flaqueza; esto es, que cojamos nuevos bríos cuando ya estábamos exhaustos, desanimados o desmoralizados, y que incluso nuestras flaquezas o debilidades se conviertan en fuerza.

Gracias al orden aumentan nuestra creatividad, nuestra receptividad a los mensajes que nos vienen del entorno, nuestra capacidad de trabajo y nuestra resistencia. Gracias al orden nos hacemos mejores, más inteligentes, más generosos, más fuertes, más decididos y valientes. Gracias al orden se eleva nuestra moral, en el doble sentido de la palabra “moral”: mejora, por un lado, nuestra ética y moralidad, y se acrisolan, por otro lado, nuestra alegría de vivir, nuestro espíritu de competición y combate, nuestra voluntad de victoria. Gracias al orden nuestra mirada se vuelve más objetiva e imparcial, más clara y penetrante. Gracias al orden se afina nuestra sensibilidad, captamos mejor la realidad, comprendemos mejor las cosas, amamos más ardientemente todo lo valioso y digno de ser amado. Gracias al orden nos resulta más fácil armonizarnos con todo cuanto nos rodea y con quienes con nosotros conviven.

Con gran acierto, el escritor catalán Jaume Raventós califica al orden de excelente ayudador y guardador del hombre, ensalzando sus virtudes como buen repartidor o distribuidor de las riquezas. Más aún, como “el único repartidor posible” (o más bien, “repartidora”, *l'única repartidora possible*, pues no hay que olvidar que en catalán *ordre* es voz femenina). El orden es “el mejor de los repartidores”, asevera Raventós, pues reparte de la mejor forma posible todas las cosas: no sólo los medios y recursos materiales de que se dispone, sino también las fuerzas de la voluntad y las dotes de la inteligencia. De ahí que no sea exagerado afirmar que “el hombre ordenado vale por dos”. Como sentencia un refrán catalán: *guarda l'ordre, que l'ordre et guardarà* (“guarda el orden, que el orden te guardará”). Raventós no deja de señalar que orden social es igual a civilización, mientras que las revoluciones, las guerras y las costumbres salvajes son desórdenes evidentes.

Todo ha de hacerse de manera ordenada, mesurada y metódica: el ejercicio y el descanso, la formación y el estudio, el trabajar y el divertirse, el comer y el dormir, el respirar y el caminar, el pensar y el escribir, el hablar y el escuchar, el meditar y el rezar, la lectura y la contemplación del arte, los negocios y el cultivo de la propia vida espiritual. Necesitamos el orden en las ideas, en las tareas y ocupaciones de cada día, en las cosas y objetos que manejamos (ropas, utensilios, documentos, herramientas e instrumentos de trabajo), en la organización del tiempo de que disponemos, en los actos y actividades que llevamos a cabo, en la nutrición y el régimen alimenticio, en la distribución del sueño y la vigilia, en nuestro comportamiento, en nuestras relaciones sociales, en nuestra manera de vivir y de pensar. No podemos prescindir del orden en nada. No podemos escapar o negarnos de ningún modo al orden en ninguna de sus formas. No podemos alejarnos en ningún momento del orden, so pena de incurrir en graves errores, excesos y extravíos de una u otra índole. Si lo hacemos, si pretendemos vivir o hacer las cosas sin orden ni concierto, nos exponemos a serios peligros y corremos el riesgo de degradarnos, de empeorar o desmejorar sensiblemente nuestra vida y caer en niveles de inhumanidad.

Para hacer el bien y hacer bien todo aquello que haya que hacer, es necesario actuar ordenadamente, hacer con orden. No hay bondad, bien ni virtud donde no hay orden. La vida ordenada se identifica con la vida virtuosa. El Padre Crasset, jesuita francés del siglo XVIII, lo dirá en sentencia tan lúcida como contundente: “orden y virtud son casi voces sinónimas”. Por ello no duda en aseverar que “es el orden lo que hace el paraíso y el desorden lo que hace el infierno”. Tras apuntar que una simple mirada dirigida al universo nos muestra que “el orden constituye la belleza, la perfección, la paz y la libertad de todas las criaturas”, se pregunta. “¿qué es un ejército sin orden sino una tropa de víctimas que marcha a la muerte? ¿qué es un reino sin orden sino una horda de bandidos que viven del crimen y la rapiña? ¿qué es un hombre sin orden sino un caos de

pasiones generador de mortífera guerra y creador de una absoluta confusión?” Y más adelante, ensalzando las virtudes del orden, Crasset agrega: “El orden asigna a cada cosa su puesto; preserva para cada cosa su rango, su empleo y función; y esto es lo que constituye su reposo. Si conversas el orden, él te conservará; si perturbas del orden, él te perturbará; si destruyes el orden, él te destruirá”.

Fray Pedro de Oña, poeta chileno del siglo XVI, expresaba en lograda estrofa este valor moral y vital del orden para lo humano:

*Al fin conviene en todo
Tanto el orden,
que la bondad es mala
con desorden.*

Cuando la bondad se vuelve desordenada o cuando intenta desarrollarse fuera de los cauces del orden, se convierte en maldad. Si intentamos hacer el bien sin orden ni concierto, actuando en contra de toda lógica y de manera impulsiva, sin método ni disciplina, acabaremos haciendo lo contrario de lo que nos proponemos y en vez de hacer el bien haremos el mal. Acabaremos haciendo daño, a los demás y a nosotros mismos, y en nuestro ser se aposentará y echará raíces la maldad. Es la idea que recoge el adagio popular: “El infierno está empedrado de buenas intenciones”. La buena intención no basta: si no va acompañada del buen orden, será en realidad una mala intención, una intención poco deseable y poco aprovechable, y sus efectos tendrán que ser por fuerza deplorables.

Es tal la excelencia del orden, que, según Dante, hace a las cosas y a los seres humanos semejantes a Dios. Así lo expresa en un bello pasaje de su *Divina Comedia* en el que, recogiendo la doctrina tradicional, subraya la función desempeñada por la ley del orden como ley formadora de todo lo creado: *le cose tutte quante / hanno ordine tra loro, e questo è forma / che l'universo a Dio fa simigliante* (“todas las cosas que existen/ tienen orden entre sí, y éste es una forma/ que hace que el universo sea semejante a Dios”). Ya San Agustín, en el breve tratado que lleva por título *De Ordine* (“Sobre el orden”), había proclamado que “el orden lleva a Dios” (*ordo dux ad Deum*). La enseñanza del Obispo de Hipona no puede ser más clara: “El orden es lo que, guardándolo en nuestra vida, nos conduce a Dios, y en caso de no guardarlo, no llegaremos a Él”. El ser humano se acerca a Dios y se asemeja a Él al adecuarse al orden porque, como veremos, Dios es el Orden, el Orden perfecto y creador.

El hombre es un ser de orden, una creatura nacida del orden y con vocación de orden. Ha sido creado en el orden y para el orden. En sí mismo constituye un orden relativamente perfecto (en el que van comprendidas sus imperfecciones, las cuales, sabiamente asumidas, pueden ayudarlo a alcanzar la perfección, o sea, el orden consumado y plenamente logrado). Su naturaleza, la naturaleza humana, tiene un orden interno, sumamente preciso y delicado, que no puede desconocer ni conculcar sin pagar un alto precio por ello. El atentar contra ese orden congénito supone desnaturalizarse y desestabilizarse.

No hay que perder nunca de vista que el ser humano forma parte del Orden cósmico, o lo que es lo mismo, el Orden universal. Y que los altos valores en los que se realiza, cobra forma y encuentra sentido su vida, la Verdad, el Bien y la Belleza, no son sino ingredientes o elementos constitutivos de ese Orden universal.

La misión del hombre es poner orden en el caos, ordenar y organizar la realidad, transformar en cosmos ordenado la violencia anuladora y caótica de la nada, crear cosmos allí donde impera el desorden. Es lo que expresa la divisa *ordo ab chaos* (“el orden a partir del caos”), elegida como lema orientador por numerosas organizaciones tradicionales de Occidente a lo largo de los siglos. Y esta labor ordenadora y cosmizadora

ha de realizarla el ser humano, ante todo, en sí mismo para después proyectarla al mundo que le rodea.

Como ha puesto de relieve Michele Federico Sciacca, por la misma multiplicidad de instintos, tendencias, potencias y aspiraciones que pugnan dentro de él, el hombre “es caos inicial”, una confusión de sensaciones, sentimientos, pensamientos, deseos y pasiones. Pero bajo esa anarquía primitiva hay una honda vocación de orden; el magma caótico inicial “posee un orden intrínseco”, “lleva en su seno la tendencia al orden”. Un orden que se va haciendo realidad al hacer su propia elección vital el sujeto, esto es, al elegir y decidirse en conformidad con “una norma ordenadora”, la cual hace posible que el caos se constele en un equilibrio normativo, de tal forma que los elementos antes confundidos en el caos inicial se integran en una “síntesis ordenada”. “El orden profundo que se halla debajo del caos inicial de sentimientos, pensamientos y voliciones, y que remueve y alumbra el caos --escribe Sciacca--, se clarifica paulatinamente como orden de vida espiritual, en que el hombre se conquista a sí mismo alumbrado por la conciencia de su propio significado y de su propia finalidad de hombre, que trascienden el orden temporal”.

El orden se nos presenta a la vez como el punto de partida y el horizonte hacia el que hemos de tender. Es el punto de partida, porque hemos de tomar conciencia de que hay un Orden que nos sostiene, nos protege y nos proporciona los medios y la orientación que necesitamos para organizar nuestra vida. En ese Orden sustentador y orientador tenemos que apoyarnos para avanzar en nuestro caminar, de él tenemos que partir, de él hemos de extraer nuestra energía, de él tiene que nutrirse nuestra fuerza creadora y sobre él ha de asentarse todo cuanto proyectemos hacer o pretendamos construir. El orden es, por tanto, la base de todo, el suelo sobre el que han de pisar firme nuestros pies y en el cual hemos de echar raíces.

Pero, además de punto de partida y base de apoyo, el orden es también horizonte, destino o punto de llegada, pues se trata de algo que tenemos ante nosotros, como meta incitante, difícil de alcanzar pero digna y meritoria. Una meta de alto valor, por la cual merece la pena esforzarse y a la cual únicamente llegarán los esforzados. El orden es una meta ideal a la que estamos llamados, un objetivo que nos llama y nos atrae hacia sí. Algo que nos es indispensable, pero que hay que conseguir, que no nos es dado gratuitamente, sino que hemos de conquistar y realizar con esfuerzo, poniendo en la tarea inteligencia, amor, ilusión y entusiasmo. Tenemos que dar orden a nuestra vida, y esta labor de dar o poner orden en nuestro vivir, en nuestro quehacer, en nuestra misma persona, adquiere el perfil de una gran empresa. Sólo tras dura lucha, después de un trabajo continuo y perseverante, podremos gozar de las ventajas y bendiciones del orden. Hay una voz dentro de cada ser humano que parece decirnos: “el orden es tu destino, pero sólo podrás ganarlo y realizarlo con el sudor de tu frente”.

Una cosa resulta evidente: hay que partir del reconocimiento de la existencia del orden y de su alto valor para la existencia humana. Es, ni más ni menos, la creencia sobre la que han descansado todas las culturas tradicionales, la convicción que, como antes indicábamos, han recogido y enseñado todas las religiones y escuelas de sabiduría que han guiado la marcha de la humanidad a lo largo de siglos y de milenios.

“Hay un orden que mantiene las cosas fijas en su lugar”, decía Edmund Burke. Y este orden, añade el pensador irlandés, “está creado para nosotros y nosotros estamos creados para él”. No se podría expresar mejor el vínculo que une al orden con la naturaleza humana. En esta escueta sentencia queda magistralmente formulada la necesidad que tenemos los seres humanos de atenernos al orden, de someternos a él, de amarlo y buscarlo, de obedecerlo y respetarlo. Hemos sido creados para el orden, porque éste, según Burke, no es otra cosa que la dirección inteligente del Cosmos por la Providencia divina. Vivir en conformidad con el orden significa adecuar nuestra conducta a los dictados de la Naturaleza, lo que es tanto como decir, obrar de acuerdo a los designios de Dios. Analizaremos detenidamente este aspecto de la cuestión más adelante,

en el capítulo dedicado al Orden cósmico, donde espero queden aclaradas muchas de las ideas que aquí quedan tan sólo esbozadas.

Los seres humanos necesitamos el orden en todas sus formas y aspectos. Necesitamos el orden social, el orden político, el orden económico, el orden jurídico, el orden moral, el orden estético, el orden intelectual, el orden sentimental, el orden mental, el orden vital. Todos estos órdenes tienen una enorme importancia para la vida humana. Hemos de tenerlos a todos ellos muy en cuenta, respetarlos y atenernos a sus leyes haciendo que estén presentes en nuestra vida cotidiana. No podemos ignorar ni menospreciar ninguno de estos aspectos o dimensiones del orden, ya que eso supondría ir contra el orden y distanciarnos de él. Y, por supuesto, tenemos que observar y respetar también el orden natural al que está sometida la existencia entera de nuestra individualidad. No podemos desconocer los condicionamientos y limitaciones que nos impone el orden de la Naturaleza ni podemos ir en contra de sus leyes. Por último, hemos de tener en cuenta el orden sobrenatural en el que arraiga nuestra naturaleza como seres espirituales.

Para vivir como seres humanos necesitamos del orden; pero necesitamos de todo el orden, no de una simple parcela del orden elegida al azar o caprichosamente. Nos es indispensable el orden en su integridad. Sería un grave error establecer una selección arbitraria, diciendo para nuestro fuero interno: “este orden sí, pero aquél no”; “quiero un orden social, pero no acepto someterme al orden moral o al intelectual (prefiero pensar lo que me dé la gana)”. Esto supondría, lisa y llanamente, renunciar al orden, cargárselo o destruirlo. No es posible dar la espalda a ninguno de los órdenes en que el Orden se articula y expresa. El orden es una realidad tan exigente como delicada.

En una línea semejante al antes citado Burke se expresa el escritor francés Paul Bourget, quien termina la introducción a su libro *Al servicio del orden*, interesante recopilación de ensayos en los que se contienen atinadas reflexiones históricas, sociológicas y políticas, con unas certeras palabras que bien podemos hacer nuestras. Explicando el porqué del título de su libro, Bourget nos habla de la importancia que para toda sociedad humana tiene la idea de *l'ordre*, “el orden”, y proclama que toda su vida y su obra han estado guiadas por una convicción bien clara y sencilla: “que existe un orden y que debemos servirle, cada uno en nuestro oficio”. Aunque la visión de Bourget se limita a la esfera social y cultural, sin ahondar en las profundidades cósmicas del concepto de orden, su afirmación resulta muy certera y sumamente orientativa.

En la misma idea insiste el poeta y pensador alemán Herman Hefele cuando, tras afirmar que una obligación, cualidad o virtud deviene sagrada “por el orden al que sirve”, sostiene que el destino del ser humano es hacer posible el orden sirviendo a “la gran Ley que conduce hacia la forma a todo cuanto existe”. Nuestra misión como seres humanos es continuar la obra creadora de Dios, “colaborar a la construcción del templo eterno del existir ordenado”, y para ello, avanzar con “la mirada absorta, en un total olvido de sí mismo, y puesta fijamente en el Orden”, superando así cualquier tentación egoísta o veleidad individualista.

Servir al Orden: he aquí una buena fórmula para expresar lo que debiera ser nuestra actitud ante la vida. No puede haber mejor disposición para actuar en el mundo en que nos ha tocado vivir, y más en unos momentos de crisis como los que actualmente atraviesa la humanidad. El servicio al Orden ha de ser nuestra norma y criterio en todo cuanto hagamos y proyectemos. Cada cual ha de servir al Orden a través del oficio, profesión y vocación que es la suya y en la cual se configura su destino.

Sólo así, sirviendo al Orden con generosidad y entrega desinteresada, rectificando aquellas de nuestras concepciones y actitudes que no sean conformes con el Orden, aceptando todos los esfuerzos y sacrificios que el Orden de nosotros exija, seremos capaces de contribuir a la construcción de un mundo mejor. Y sólo de este modo cumpliremos la misión que hemos venido a realizar a este mundo y conseguiremos nuestra realización integral.

[Próximo capítulo: 2.- ¿Qué es el orden?]

Para evitar errores y malentendidos, que tan frecuentes son cuando se habla de esta cuestión, convendrá aclarar ante todo qué es en realidad el orden. Aunque ello pueda parecer superfluo y incluso resultar tedioso, creo que el aclarar previamente las ideas en este campo previo nos ayudará a avanzar con más seguridad en el análisis del tema que nos ocupa y nos va a ocupar en lo sucesivo.

Es ésta, del orden, una noción capital, de profundo y riquísimo contenido, que por desgracia suele ser muy mal comprendida en esta era de confusión y penumbra en la que vivimos, siendo a menudo ignorada o despreciada. No es extraño que una época sumida en un desorden tan demencial como brutal, del que no escapa ninguna esfera de la vida, y que parece haber hecho del desorden su ideal, no acierte a comprender el verdadero significado del orden ni su enorme importancia y que, en consecuencia, no sepa apreciar su inmenso valor. Será, pues, oportuno decir algunas palabras acerca de esta idea clave [y de la decisiva función que le corresponde] para despejar las dudas y los malentendidos que pudiera haber al respecto.

* * *